

amable ese Verbo, y de fuerza y poder infinito, todo lo tiene del Divino Padre, amale y perfecto como el Hijo.

Hemos contemplado en el amor terreno una doble potencia; pero ved lo que pasa en el divino. En el Padre y su Verbo descubrimos un ardiente impulso del Padre á su Hijo y del Hijo á su Divino Padre. Mas la primera persona de la adorable Trinidad no tiene que ir lejos de Sí misma en busca de su Verbo: El Unigénito está en el seno de su Padre, y Este Padre imprimió en el Hijo su divino sello, su imagen soberana. (1) Y respecto del Hijo de Dios, cierto es que se refiere á su Divino Padre; el Padre está en el Hijo, y el Hijo lo contempla eternamente.

Lo dicho nos indica que ese lazo de amor que los tiene tan estrechamente unidos, es uno mismo, no sólo apreciativamente, como es uno el amor de las criaturas, sino uno en realidad; pues tiene la misma esencia; y las personas que une tienen con Él la misma vida, el mismo entendimiento, la misma voluntad; y por esto, es constante, invariable y eterno; y llevando en Sí mismo, la belleza, el poder, y la esencia del Padre y el Hijo.

En Dios no hay accidente, todo es necesario y eterno, todo hermoso, adorable y perfecto; ¿podría no serlo el impulso divino que procede como amor de la bondad primera? Vednos, pues, adorando la divinidad y la grandeza, y todas las hermosas perfecciones que brillan con tan puro y vivo resplandor, en la Sagrada persona del Espíritu Santo. Su inefable y arrobadora be-

(1) Joann. VI. 26.

lleza nos deslumbra; su santidad nos asombra; mas su suavísima y benigna dulzura nos alienta y llena de esperanza. ¡Ah! Él es tan santo y grande, compasivo, amable, indulgente, que al pensar en su infinita bondad, palpita de ternura el corazón, derraman los ojos dulce llanto, y la lengua vuelve á pronunciar aquel sagrado himno con que ántes bendijo al Verbo del Señor: ¡Oh Espíritu Divino! te alabamos, te bendecimos, te adoramos; y te damos gracias por tu inmensa gloria. Á Ti á quien con el Padre y el Hijo adoran todas las criaturas en los cielos y la tierra.

Bajemos nuestros ojos de aquella infinita elevación dondè tan dulcemente hemos contemplado las maravillas y bellezas del amor divino; y veamos lo que pasa en nuestro propio seno. ¿Hay por ventura en nosotros aquella moción divina, aquel beatífico impulso, que nos conduce al Señor? ¿llevamos acaso, impresa en el alma, la imagen de Dios? ¡Miserable de mí, hombre infeliz! En vez de aquél impulso, echo de ver en mis miembros una ley que resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo. [1] Bien sé que he llevado en el alma la imagen del hombre terreno; [2] mas ignoro si está borrada esa imagen funesta, y si en cambio ya llevo la del hombre celestial. ¡Qué crueles angustias, qué triste y luctuosa ignorancia! En tan amarga pena; ¿qué consuelo le queda á la esperanza? Llevamos en el alma un mundo de dolores, y para agravarlos más y más, nos rodean por todas partes las sombras pesadas de la incertidumbre..... ¿Quién nos libertará de tanta des-

(1) Rom. VII. 23. (2) I. Cor. XV. 49.

ventura? La gracia de Dios, responde San Pablo, por Jesucristo Nuestro Señor. (1) Al oír estas palabras confiando en el Eterno, y recordando nuestros males, le decimos: Mirad el triste estado en que nos vemos; nuestros días se han desvanecido como el humo, y nuestros huesos están como la leña que se destina al fuego; y como la yerva que cortada, cae al suelo y se seca. Lloramos sin cesar, y se han secado nuestras carnes quedando solamente la piel sobre los huesos. (2) Y el Dios de todo consuelo nos hace oír estas palabras: Huesos áridos escuchad la palabra del Señor..... Sabréis que Yo soy el Señor, cuando abriere vuestros sepulcros, y os arranque de ellos, cuando haya infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis entonces vida. [3]

¿Y quién no exclamará rogando á Dios que nos envíe su Espíritu Divino, y con Él nos mande toda gracia? Pues sabemos que el Padre da su buen Espíritu á quien se lo pide. (4)

Hé aquí otras razones que también demuestran la divinidad del Espíritu Santo.

Escrito está que sólo á Dios debemos adorar, y á Él únicamente tenemos que servir; (5) y sin embargo nos dice San Pablo que los verdaderos circuncisos somos nosotros, que servimos al Espíritu de Dios; (6) el cual, por lo mismo, es Dios.

¿Ignorais, nos dice el mismo Apóstol, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que está en vosotros? (7) Ahora bien, ¿los miembros de Jesucris-

[1] Rom. VII. 24, 25. (2) Ps. CI. 4, 6, Paraf. [3] Ezech. XXXVII. 4, 13, 14. [4] Luc. XI. 13. [5] Deut. VI. 13. (6) Philip. III. 3. Ita. D. Ambros. L. 2. De Spíritu Sanc. c. 6. D. August. De Trinit. L. 1. c. 3, n. 13. Calmet. (7) I. Cor. VI. 19.

to podrán ser el templo de una criatura? Y aquél á quien presentamos como templo nuestro propio cuerpo, le rendimos el honor que sólo á Dios debe rendirse. Por esto añadía el Apóstol: Glorificad á Dios y llevadlo siempre en vuestro cuerpo. (1) Y ántes habia dicho: ¿No sabeis vosotros que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (2) Dios habita en su templo, y no como ministro, sino como supremo Señor á quien rendimos la más profunda y humilde adoracion. (3)

¿Cuán grande es, por lo mismo, el Espíritu Santo á quien se levanta y consagra un templo, por Dios mismo, y de los miembros de Dios! (4)

Finalmente la accion del Espíritu Santo en las obras de la bondad y del poder de Dios, nos manifiestan su divinidad. Tratemos solamente de la justificacion, la redencion, la Eucaristía y la resurreccion de los muertos.

San Pablo preguntó en Éfeso á algunos discípulos: ¿Habeis recibido el Espíritu Santo? Ellos le contestaron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. ¿Pues con qué bautismo, les replicó, fuisteis bautizados? Y ellos respondieron: Con el bautismo de Juan. Dijo entonces Pablo: Juan bautizó al pueblo con bautismo de penitencia, advirtiéndoles que creyesen en Aquél que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus. Oído esto se bautizaron en el nombre del Señor Jesus. Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, descendió sobre ellos el Espíritu Santo. (5)

El mismo Apóstol dijo á los Efesios: Estabais muer-

(1) V. 20. D. August. cit. (2) Id. 3. 16. (3) August. De Trinit. L. 7. c. 3. n. 6. (4) Id. L. 5. Cont. Maximin. c. 3. (5) Act. XIX. 2, 6.

tos por los delitos y pecados..... Y todos nosotros éramos por naturaleza hijos de ira, no ménos que los demás. (1) Y á los de Corinto: Pero fuisteis lavados, santificados, justificados, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de Nuestro Dios. (2) Y á los Romanos: Dios es el que justifica. (3) Y el Santo Job habia dicho: ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? ¿quién sino Tú solo? [4]

Respecto de la redencion de Jesucristo, sabemos que su Majestad se ofreció á Sí mismo, inmaculado á Dios, por el Espíritu Santo. (5)

El pan y el vino, en la divina Eucaristía, no se santifican y convierten en el cuerpo y sangre del Señor, sino por obra del Espíritu Santo, nos dice el gran San Agustin. (6)

Así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. (7) Ved ahora esto mismo respecto del Espíritu Santo, oid á San Pablo: Si el Espíritu de Aquél Dios, que resucitó á Jesus de la muerte, habita en vosotros el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros. (8)

Brilla, pues, la gloria de la divinidad del Espíritu Santo, con hermosa y purísima luz; porque Dios es luz y en Él no hay tinieblas ningunas. (9) Y luz es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sino una sola; luz espiritual é incommutable; y por lo mismo, sabiduría el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; no tres sabi-

[1] III. 1, 3. (2) VI. 11. (3) VIII. 33. (4) XIV. 4. (5) Heb. IX. 14. (6) De Trinit. L. 3. c. 4. (7) Joann. V. 21. (8) Rom. V. 11. Tirino. El gran teólogo S. Cirilo de Alejandría, prueba con más de 50 argumentos á cual más convincente, la divinidad del Espíritu Santo, en el libro titulado: Quod Spiritus Sanctus sit Deus. (9) I. Joann. I. 5.

durias sino una sola: y porque en Dios el sér es lo mismo que el saber, una es la esencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y no siendo en Dios, el sér, distinto de ser Dios, tenemos que Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. (1)

¿Qué nos resta, pues, sino exclamar, llenos de alegría, y ardiendo el alma en el más sagrado y dulce fuego: Venid, regocijémonos en el Señor; cantemos con júbilo las alabanzas del Dios Salvador Nuestro? Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias, y entonando himnos á su gloria. Porque el Señor es el Dios grande, y un rey más grande que todos los dioses. Porque en su mano tiene toda la extension de la tierra, y suyos son los más encumbrados montes. Suyo es el mar, y obra es de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra. Venid, adorémosle; postrémonos, derramando lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado: pues El es el Señor Dios Nuestro, y nosotros el pueblo á quien El apacienta, y ovejas de su grey querida. [2]

CAPÍTULO XIX.

§ I.

EL ESPÍRITU SANTO PROCEDIENDO DEL PADRE

Y DEL HIJO.

La divinidad del Espíritu Santo, nos ha obligado á

[1] D. August. cit. (2) Ps XCIV. 1, 7.